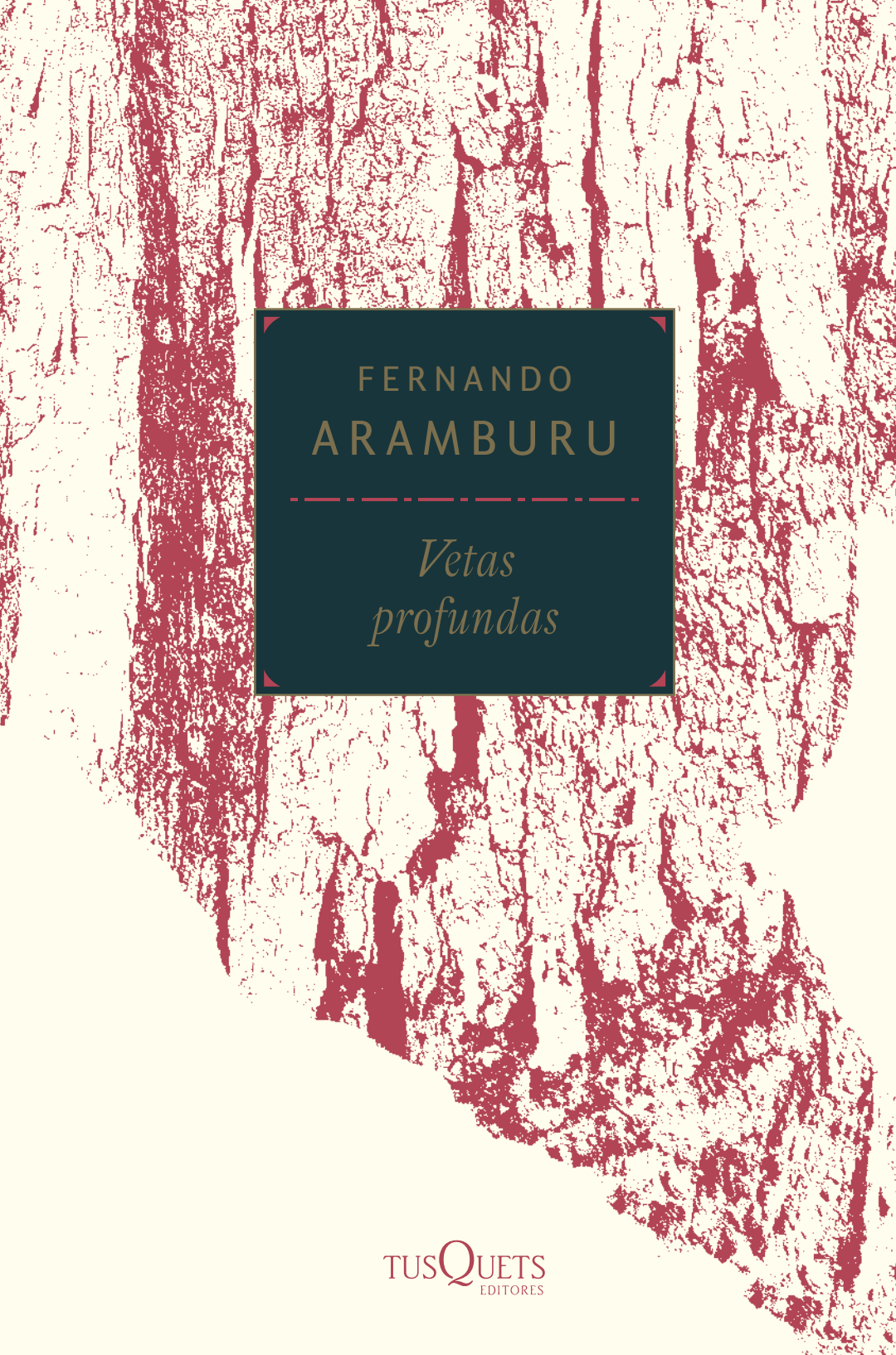




FERNANDO
ARAMBURU

*Vetas
profundas*

TUSQUETS
EDITORES

Fernando Aramburu

VETAS PROFUNDAS

TUSQUETS
EDITORES

1.^a edición: abril de 2019

© Fernando Aramburu, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-674-6
Depósito legal: B. 6.082-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

ÍNDICE

Nota preliminar, 9

1. Un poema sabio (Jorge Luis Borges), 13
2. Fusión aniquiladora (Vicente Aleixandre), 19
3. El último poema (Alfonsina Storni), 25
4. Duende poético (Félix Francisco Casanova), 31
5. Elegía a una hermana (Francisco Javier Irazoki), 37
6. Un instante memorable (Eloy Sánchez Rosillo), 43
7. Una lectura profana (San Juan de la Cruz), 49
8. La vida en serio (Jaime Gil de Biedma), 57
9. Las playas tristes (Rosalía de Castro), 63
10. Paseos con el padre (Álvaro Valverde), 69
11. Gozo terrenal (Luis de Góngora), 75
12. Las palabras y más allá (Alejandra Pizarnik), 81
13. Perros apagados (Federico García Lorca), 87
14. Chaqueta vestida de olvido (Rafael Morales), 93
15. Desconfianza en la palabra
(Gustavo Adolfo Bécquer), 99
16. El mundo como cárcel (Fray Luis de León), 105
17. Amor despertado (Luis Cernuda), 111
18. Voz de todos (Rubén Darío), 117
19. Niño eterno (Jorge Teillier), 123
20. Incendio interior (Blas de Otero), 129
21. Mal de ausencia (Lope de Vega), 135
22. Augurios fúnebres (Francisco Ruiz Udiel), 141

23. El dios-poesía (Juan Ramón Jiménez), 147
24. La realidad agregada (Roberto Juarroz), 153
25. Aciaga profecía (César Vallejo), 159
26. Mujer divinizada (Garcilaso de la Vega), 165
27. Fracaso existencial (José María Fonollosa), 171
28. La dicha de hoy (Pablo Neruda), 177
29. Fragmentos de un mundo personal (Isabel Bono), 183
30. Atardecer interior (Antonio Machado), 189
31. Pañales y mortaja (Francisco de Quevedo), 195
32. Un lugar para una madre (José Agustín Goytisolo), 201
33. Lo solo que hubo (Idea Vilariño), 207
34. Un mundo de muertos (Dámaso Alonso), 213
35. Hablar a la muerte (Piedad Bonnett), 219
36. Las garras del hombre (Miguel Hernández), 225
37. Almas amigas (Francisco de Aldana), 231
38. El cuerpo de la durmiente (Claudio Rodríguez), 237
39. El padre en la ventana (Fabio Morábito), 243
40. La felicidad imposible (Francisco Brines), 249

Un poema sabio

LOS JUSTOS

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso
ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no
le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto
canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Jorge Luis Borges

En 1981, octogenario y ciego, Jorge Luis Borges publicó un libro de poemas titulado *La cifra*. Desde hace largo tiempo determina sus días un destino que no parece depararle entusiasmo, la celebridad. Borges es, cuando aparece *La cifra*, un escritor célebre que ya ha sido galardonado con el Premio Cervantes. No obstante el aprecio general que despierta su obra, la Academia Sueca sigue negándole, por razones ajenas a la literatura, el Premio Nobel. La muerte lo está esperando en Ginebra, pero aún le quedan cinco años antes de consumir ese viaje postrero.

La cifra se abre con un prólogo equivalente a una resignada confesión, la del poeta persuadido de haber supeditado en el curso de su dilatada actividad literaria la música a los conceptos, la destreza para combinar con gracia palabras eufónicas a la densidad y exactitud del pensamiento. Él mismo se aplica el apelativo de poeta intelectual, tras el que no es difícil entrever una punta de reproche.

Leídos en voz alta, no pocos de sus poemas invitan menos a la recitación, no digamos al canto, que a la dicción elocuente, y ello a pesar de que Borges cultivó con frecuencia, hasta el final de sus días, las formas métricas regulares.

El confesado propósito de suscitar la poesía entremezclando imágenes y conceptos, sacadas aquellas de los sueños (o de las despensas de la imaginación), sacados estos de la vigilia, resulta especialmente visible en «Los justos», uno de los poemas incluidos en *La cifra*. El poema consiste en una enumeración de personas y acciones encaminada a un corolario. Las sucesivas figuras han sido convocadas

a fin de justificar lo que afirma el último verso, con el que se completa una lección moral.

No parece superfluo observar que el poema fue compuesto por Borges en la vejez. El tono es, con naturalidad, sosegado; la expresión, propia de un hombre que ya sobrepasó la edad del esfuerzo, la pasión y acaso la esperanza. De un hombre, en suma, que ha vivido largos años y acumula una dilatada experiencia en los asuntos de la vida, y que en lugar de rechazar con resquemor de viejo el mundo vetado a sus ojos, del que pronto se despedirá, tiene la delicadeza de dedicarle unas palabras aprobatorias.

El poema de Borges no contiene una sola gota de solemnidad. Nada en sus versos es espectacular, efectista, exclamativo. Ni admite elementos sacralizadores ni incurrir en coqueterías de estilo. Uno tiene la impresión de que le están comunicando de manera novedosa y grata sensaciones, pensamientos, imágenes que no pueden menos de resultarle familiares, aun cuando, para afianzar dicha impresión, los lectores acaso prefieran sustituir a Stevenson por Dostoyevski, Kafka o Antonio Machado, y cambien el silencioso ajedrez en un café argentino por otra actividad de su gusto.

Es sabido que Borges propendía a redactar enumeraciones. *La cifra* reúne unas cuantas. Otros libros suyos abundan asimismo en dicho hábito. Acaso (¿cómo estar seguro de lo que no se puede demostrar?) la condición de invidente le aconsejaba este procedimiento reiterativo del cual él supo servirse con maestría. Se dijera que a Borges la memoria le suministraba conforme a un orden determinado las recordadas imágenes del mundo. De hecho, gran parte de su literatura es definible como una tentativa de custodiar, dentro de un universo intelectual propio, los bienes culturales del pasado. Tentativa que en su caso adoptó a menudo la

forma de un recuento de obras, nombres, acontecimientos merecedores de no ser abandonados al olvido.

«Los justos» enumera once acciones asignadas a trece individuos. A seis de ellos se les aplica la humilde distinción de un nombre común. Denominarlos hombre o mujer, ceramista, tipógrafo o empleados, no pasa de revelar una propiedad apenas singularizadora de cada uno de ellos. En realidad, no son trece, sino cuantos puedan pertenecer a su misma clase. Nada, por tanto, nos impide aceptar la posibilidad de que sean millones. Podríamos llamarlos a todos juntos la gente que hace cosas positivas o meritorias.

Ninguna de las personas invocadas en el poema destaca por su relevancia social. Ninguna es caracterizada por su riqueza, su ostentación de poder o por algún don extraordinario. Cada cual a su manera, puesto que salva el mundo, es héroe; pero resultaría exagerado atribuirles hechos heroicos. Sus actos son sencillos, humildes, cotidianos; en ningún caso privativos de una casta superior.

A primera vista, dichos actos parecen dispares. Los vincula, sin embargo, al menos un elemento común. Ninguno implica destrucción. Ninguno se propone causar daño a los demás. Ya sea el trabajo esmerado, el cultivo de la sensibilidad, los buenos sentimientos, al final el espacio donde intervienen con sus acciones los sujetos mencionados no sufre menoscabo. De ahí la idea del mundo salvado por gente laboriosa, sensible, pacífica.

Entre las posibles y legítimas interpretaciones que admite el poema de Borges, me complace sobremanera aquella que lo equipara a un gesto honroso de gratitud. El caso bien merece una breve aclaración. Por el mero hecho de nuestra presencia en el mundo, la naturaleza nos regala (¿nos presta?) sus dones. Se me ocurren algunos: ciertas puestas de sol, los cerezos floridos, un monte nevado. También, por

desgracia, nos depara su no escaso repertorio de estragos y enfermedades. Ahora bien, junto a todo eso, que puede ser bueno o malo y que algún día se acabará para cada uno de nosotros, están las obras valiosas de los hombres que nos antecedieron y las de nuestros contemporáneos. Valiosas porque contribuyen a hacer nuestras vidas más interesantes, más cómodas, más saludables y placenteras; en una palabra, más dignas de ser vividas.

Creo, como Borges, que es ingrato negar la felicidad. Aún peor, es injusto. Atinadamente él prefería hablar de felicidades y no de esa cosa quieta, abstracta y probablemente ilusoria que es la felicidad en singular. Generosamente afirmaba la abundancia de sucesos dichosos.

En materia de felicidades, cada cual opta, hasta donde le sea posible, por las suyas. Poco me costaría citar entre las mías esta o aquella composición de Mozart, algunos cuadros de Caravaggio, poemas del propio Borges. O, para salirnos del área del arte, una jarra de cerveza fresca en un instante de sed, las palabras afables de un amigo. Generar felicidades justifica la vocación, da sentido al trabajo cuidadoso. Y esto incluso en el supuesto de que nuestras obras fueran dictadas por la humana e inofensiva vanidad, por cuanto a fin de cuentas redundan o pueden redundar en beneficio de los otros. De ahí que las personas mencionadas en el poema de Borges sean justas. De ahí que el poema contenga la noble lección moral de un hombre sabio.